

Michel Husson /1

Tras la Edad de Oro.

La reedición del libro de Ernest Mandel /2 es la ocasión de poner en perspectiva algunos debates contemporáneos. Sin embargo, el comentario que se propone aquí no se plantea una discusión sistemática. Es más bien fruto de un trabajo interesado que ha consistido en sumergirse en el magnum opus de Mandel, no para una defensa e ilustración póstuma, sino como una invitación a balances y a aportaciones críticas. Es ese, sin duda, el mejor medio de inscribirse en la tradición y el método de un marxismo abierto al que Mandel estaba tan apegado.

La tesis central de *El Capitalismo Tardío*, es resumida así al comienzo de su último capítulo: “El capitalismo tardío es la época en la historia del desarrollo del modo de producción capitalista en que la contradicción entre el crecimiento de las fuerzas productivas y la supervivencia de las relaciones de producción capitalistas asume una forma explosiva. Esta contradicción desencadena una crisis cada vez más generalizada de estas relaciones de producción” /3. La obra de Mandel fue escrita entre 1970 y 1972, y esta tesis debe por tanto ser situada en la coyuntura de la época. La explosión social de 1968 ya había tenido lugar, pero la primera recesión generalizada de 1974-75 quedaba por llegar. La proposición de Mandel no era pues una simple constatación sino en gran parte una anticipación. Ciertamente, se hablaba de crisis del capitalismo, pero más bien bajo la forma de una crisis general de civilización. Los Estados Unidos habían entrado en una crisis de dominación, con un cambio de ciclo muy marcado en 1967, el fin de la convertibilidad anunciada por Nixon en 1971, y evidentemente la guerra de intervención imperialista en Vietnam. Pero el fin de los años de expansión, y el tránsito a un largo período de crecimiento débil y de aumento del paro de masas no formaba parte del horizonte económico. La crítica del capital era directamente social y política y, por lo demás, bastaba con proclamar que “los patronos pueden pagar”. La actualidad del socialismo estaba de nuevo al orden del día, pero en cierto sentido eran los éxitos económicos del capitalismo los que hacían plausibles el paso a otra organización de la sociedad. Que el anticapitalismo haya luego retrocedido junto con las tasas de crecimiento no es pues completamente paradójico.

Profecías.

La dimensión profética de la obra de Mandel puede proporcionar un primer hilo conductor a esta relectura. Una broma corriente entre sus adversarios consistía en decir que, a fuerza de prever la crisis, se acaba finalmente por tener razón. Esta humorada no es sin embargo perfectamente reversible: tantos buenos espíritus prometen el fin de la crisis desde hace un cuarto de siglo, y el tiempo pasa sin que la realidad venga a confirmar su encantador optimismo. Pero, justamente, se trata de restituir el clima intelectual y político de una época separada de la nuestra por una generación. No es pues inútil recordar hasta qué punto la afirmación de la superioridad de un capitalismo capaz ya de dominar sus contradicciones era entonces considerada como una evidencia. En su libro sobre la crisis /4, Mandel se deleita citando a algunas autoridades de la época, como Samuelson: “gracias al empleo apropiado y reforzado de políticas monetarias y fiscales, nuestro sistema de economía mixta puede evitar los excesos de los booms y de las depresiones y puede contemplar un crecimiento progresivo

sano”. En 1969, Harrod escribe en su manual *Money* que “el pleno empleo más o menos integral debería ser considerado ahora como un aspecto institucional de la economía británica”. En 1970, en *L'équilibre et la croissance économique*, Stoleru reafirmaba: “Se ha dicho, a menudo, que una crisis como la Gran Depresión no podría ya reproducirse en nuestros días, teniendo en cuenta los progresos de los medios de intervención anticíclica del Estado. Estas pretensiones, por presuntuosas que parezcan, no dejan de tener fundamento”.

No se puede luego separar los pronósticos del método que utilizan, ni de las hipótesis que ponen en marcha. Los que hacía Mandel, a contra corriente, no los planteaba sin fundamento, y no remitían tampoco a un catastrofismo sistemático. Por ello es útil todavía volver un poco atrás, como él mismo invita, por otra parte, cuando explica en su prefacio a la edición alemana que el proyecto de redactar *El Capitalismo Tardío* derivaba de su insatisfacción del capítulo 14 del *Tratado de Economía Marxista* /5. Este capítulo, redactado en 1961, se titula “La época de decadencia del capitalismo” y merece algunos comentarios. Propone un análisis del capitalismo monopolista de posguerra, concediendo una insistencia particular al estado y a la inflación, y a su papel en la financiación de la acumulación. (Mandel habla incluso de “sobrecapitalización”). La intervención del estado permite atenuar “la amplitud de las fluctuaciones cíclicas”, pero el resultado es contradictorio ya que desemboca en la inflación. En cuanto al Welfare State, su desarrollo está limitado por su efecto sobre la tasa de ganancia en la medida en que una política de redistribución de la renta a favor de los asalariados tendería “a aumentar considerablemente el salario mínimo vital, los elementos históricamente considerados como necesarios en ese salario, y ello no a consecuencia de un aumento de la productividad del trabajo, sino por una verdadera redistribución del ingreso social, es decir, por una considerable descenso de la tasa de ganancia”.

Neocapitalismo.

Mandel toma conciencia de los logros del capitalismo de posguerra desde principios de los años sesenta y esta constatación le condujo a introducir el término de “neocapitalismo”. La exposición más pedagógica de sus concepciones se encuentra en las conferencias pronunciadas en 1963 en un seminario de formación del PSU /6. Mandel se refiere en él a Kondratieff y luego subraya que “la onda larga que ha comenzado con la segunda guerra mundial y en la que aún nos encontramos –digamos la onda 1940-1965 o 1940-1970- ha estado, al contrario, caracterizada por la expansión”. Ésta permite “una elevación tendencial del nivel de vida de los trabajadores”. Este funcionamiento relativamente inédito del capitalismo remite a una configuración particular que se caracteriza sobre todo por una intervención creciente de los poderes públicos en la vida económica. Su necesidad proviene en gran parte de la guerra fría y, de forma más general, del desafío lanzado al capitalismo por “el conjunto de las fuerzas anticapitalistas”. Esta expansión continua implica también una base material, que hay que buscar en los efectos de una “revolución tecnológica permanente” que no obedece ya al ritmo cíclico de evolución descrito por Schumpeter, debido a la parte preponderante de la investigación militar. La carrera de armamentos representa desde este punto de vista “un verdadero estímulo de una investigación permanente, sin interrupción y prácticamente sin consideración económica”. Esta revolución tecnológica tiene por efecto recortar el “período de renovación del capital fijo” y reducir la duración así como la amplitud de las crisis. Entre los instrumentos anticíclicos, Mandel menciona igualmente la importancia

creciente de las prestaciones sociales en la renta nacional. Este salario diferido “juega el papel de un cojín de amortiguación que impide una caída demasiado brusca y demasiado fuerte de la renta nacional en caso de crisis”.

La tendencia a la inflación permanente es la consecuencia de estos nuevos dispositivos, y principalmente de los gastos de armamento. Resulta también del comportamiento de los monopolios que introducen una rigidez a la bajada de los precios. Economía concertada y política de rentas contribuyen igualmente a reducir las fluctuaciones cíclicas intentando evitar los movimientos reivindicativos durante “la única fase del ciclo durante la cual las relaciones de fuerzas entre las clases juegan a favor de la clase obrera”, de tal forma que se obtiene en total “un ciclo en el que la parte relativa de los asalariados en la renta nacional tendrá tendencia a bajar de forma permanente”. El cuadro queda pues dibujado y será desarrollado de forma más sistemática en 1964, en un artículo en *Les Temps Modernes* /7.

Estos diferentes elementos permiten a Mandel analizar los fundamentos de la “onda a largo plazo”, y anunciar, en el mismo movimiento, su próximo fin. La noción de neocapitalismo es desde este punto de vista lo inverso a una teorización del fin de las contradicciones capitalistas. El texto que, sin duda, mejor sintetiza la lógica de este pronóstico se encuentra en las tesis sobre “el nuevo ascenso de la revolución mundial” adoptadas en abril de 1969 por el IX Congreso de la Cuarta Internacional/8: “Los marxistas revolucionarios han ofrecido (...) un análisis global de las razones del largo período de expansión de la economía imperialista que cuadra con la teoría marxista general (...). Este análisis desembocaba en tres conclusiones: en primer lugar, que los motores principales de este largo período de expansión iban a agotarse progresivamente, provocando con ello una agravación cada vez más nítida de la competencia interimperialista; a continuación, que la aplicación deliberada de las técnicas keynesianas anticrisis acentuaría la inflación universal y la erosión permanente del poder de compra de las monedas, lo que acabaría por provocar una crisis muy grave del sistema monetario internacional; finalmente, que estos dos factores actuando conjuntamente iban a multiplicar las recesiones parciales y que nos orientaríamos hacia una recesión generalizada de la economía imperialista, ciertamente diferente de la gran crisis de 1929-32 tanto por su amplitud como por su duración, pero que sin embargo golpearía a todos los países imperialistas y superaría ampliamente la amplitud de las recesiones de los últimos veinte años. Dos de estas conclusiones ya se ha verificado; la tercera se anuncia para comienzos de los años setenta”.

Este texto provoca admiración, si se recuerda una vez más que es anterior a la recesión de 1974-75. Se ve que se inscribe en una larga serie de trabajos consagrados al capitalismo concreto, y que por tanto, no se puede tachar de catastrofismo permanente. Al contrario, la reflexión sobre el neocapitalismo podía parecer poco ortodoxa a los partidarios de una versión dogmática del marxismo, que les impedía integrar las transformaciones del capitalismo y, accesoriamente, simplemente citar a Mandel.

Salario

El análisis de la onda larga de posguerra conduce a plantear la cuestión de la progresión del salario real. ¿Cómo se inscribe en una lectura marxista?. En Mandel, el punto de partida es

una crítica de la “teoría” de la pauperización absoluta, desarrollada principalmente por los economistas estalinistas de los años cincuenta. La cuestión es saber si el capitalismo puede aumentar a largo plazo el salario real de los trabajadores o, más exactamente, en qué medida puede pagar a los asalariados todo o parte de las ganancias de la productividad. Es evidente que esta cuestión es absolutamente central y la experiencia de la posguerra muestra que la respuesta debe ser positiva, como lo ilustra el cuadro 1, construido a partir de datos franceses, que no tienen nada de excepcional. El período que va de 1946 a 1976 está caracterizado por un incremento anual medio del 4,5% del salario real, que se ha multiplicado por 3,8 en treinta años, cuando solo lo ha hecho por 1,7 en el resto del siglo que acaba de terminar.

Cuadro 1.

Salario y productividad

Período	Crecimiento del salario real	Crecimiento de la productividad
1896-1938 (42 años)	1,3 veces (0,6%)	2,0 veces (1,6%)
1946-1976 (30 años)	3,8 veces (4,5%)	5,0 veces (5,5%)
1976-1996 (20 años)	1,4 veces (1,5 %)	1,6 veces (2,5%)
1896-1996 (100 años)	6,3 veces (1,9 %)	13,5 veces (2,6%)

Crecimiento de cada período. Entre paréntesis, tasa anual media.

Fuente : Pierre Villa /9.

Por ello Mandel subraya con razón la presencia de una “elevación tendencial del nivel de vida de los trabajadores”. ¿Hay que ver en ello un desmentido flagrante aportado por el capitalismo de posguerra a la teoría marxista?. Si nos remontamos al propio Marx, esta cuestión no carece de pertinencia. Se encuentra, por ejemplo, en la versión alemana de El Capital esta categórica afirmación: “a medida que crece la productividad del trabajo, el trabajador se hace más barato, consiguientemente la tasa de plusvalía aumenta, incluso si el salario real también aumenta. Este último no crece nunca en la misma proporción que la productividad del trabajo” /10. Por otra parte, esta última frase es citada por Varga en un texto consagrado a la cuestión de la pauperización absoluta /11. Sin embargo, este pasaje está redactado de forma diferente en la edición francesa, en la que no queda más que esta banal afirmación: “Abaratando los medios de subsistencia, el desarrollo de los poderes productivos del trabajo hace que los trabajadores bajen también de precio” /12. Maximilien Rubel señala en una nota a la edición de la Pleiade que se trata de una rectificación sobre la idea de que la tasa de plusvalía aumenta, a pesar de la progresión del poder de compra obrero.

No se trata de pura marxología, pues la duda de Marx plantea, en el fondo, la cuestión de saber, si el concepto regulacionista de “fordismo” es o no antitético al del marxismo sobre este punto. Hay muchas razones para pensar que es efectivamente este esquema el que Marx tenía en la cabeza, dicho de otra forma, que razonaba la mayor parte del tiempo sobre un modelo de capitalismo incompatible con una progresión del salario real paralela a la de la productividad del trabajo; si tal es el caso, se equivoca, sin que este error ponga en cuestión por otra parte la coherencia de conjunto de su teoría. De hecho, la discusión más profunda de

Marx se encuentra en el texto presentado como el capítulo inédito del Capital. Se encuentra allí una proposición semejante: “El análisis del proceso de producción capitalista ha mostrado que abstracción hecha de la prolongación de la jornada de trabajo, la fuerza de trabajo tendía a hacerse más barata debido a la disminución de los precios de las mercancías que entran en el consumo del obrero y determinan el valor de su fuerza de trabajo, dicho de otra forma, la parte pagada del trabajo disminuye, mientras que la parte no pagada aumenta” /13. Este razonamiento es en parte macroeconómico y más bien estático. Muestra claramente que las ganancias de productividad hacen disminuir el valor de la fuerza de trabajo, pero ¿qué ocurre en desde un punto de vista dinámico ? En la medida en que Marx rechaza la ley de bronce de los salarios, existe siempre la posibilidad de que la determinación del valor de la fuerza de trabajo integre valores de uso complementarios. Por otra parte, surge inmediatamente la cuestión de la realización. Si la tasa de plusvalía aumenta uniformemente con la progresión de la productividad, entonces la parte de los salarios debe bajar regularmente, y, al mismo tiempo, los mercados que representa. Y sobre esta cuestión, en el mismo pasaje, Marx polemiza con Proudhon: “¿Cómo la clase obrera, con su paga de la semana, es decir solo con su salario, podría comprar una masa de mercancías, que, además de salario, contiene una plusvalía?” /14. Responde clásicamente diciendo que el obrero no compra más que una parte del producto social. Es sin embargo otra la cuestión que se planteaba en el contexto, la de saber quien compra la fracción del producto social correspondiente a una plusvalía creciente.

En el fondo, se puede leer un gran número de contribuciones marxistas de posguerra como un medio de responder a esta cuestión excluyendo, al menos teóricamente, la posibilidad de un crecimiento de los salarios reales. Mandel criticó claramente la teoría de la pauperización absoluta y adoptó en *El capitalismo Tardío* una posición de indeterminación de principio: “En cuanto el ejército de reserva industrial permanece estable o decrece a largo plazo, la elevación de la productividad del trabajo tiene un doble y contradictorio efecto sobre el nivel de los salarios: por un lado, reduce el valor de la fuerza de trabajo, puesto que las mercancías habitualmente consideradas como necesarias para la reproducción de la fuerza de trabajo pierden el valor; por otra parte, aumenta el valor de la fuerza de trabajo, ya que nuevas mercancías son incorporadas al mínimo vital (por ejemplo, los bienes de consumo duraderos, cuyo precio ha entrado poco a poco en el salario medio)” /15. Luego, el capítulo 5 sobre la tasa de plusvalía bifurca insensiblemente, en el sentido de que deja de lado la cuestión de la evolución relativa de las ganancias de productividad y del salario real. Ninguna de las cifras citadas examina la progresión de las ganancias de productividad y la discusión gira directamente sobre indicadores, por otra parte a menudo discutibles, de la tasa de plusvalía.

Mandel insiste con razón en que esta relación fundamental depende estrechamente de la tasa de paro, tomada como indicador de las relaciones de fuerza sociales, y accesoriamente solamente de la tasa de acumulación. Por otra parte, Mandel hace jugar un papel esencial a lo que se podría llamar la elevación primitiva de la plusvalía en la época inmediatamente posterior a la Segunda Guerra Mundial, que permitió almacenar reservas de rentabilidad. Todo esto no plantea realmente un debate. En cambio, el tema del salario real, en relación con la productividad ha desaparecido de nuevo. Hay ahí un punto ciego en el análisis de Mandel, que conduce a olvidar el crecimiento absolutamente excepcional de las ganancias de productividad, como base posible de una progresión del salario real (ver de nuevo el cuadro 1).

Mirándolo desde el presente, es sin duda ahí donde reside la aportación regulacionista, que la concepción en algunos aspectos ortodoxa de Mandel le impidió tomar completamente en consideración. Se pueden, en efecto, identificar dos características esenciales de su “modelo”. La primera es un planteamiento de los esquemas de reproducción desconectada del modo concreto de satisfacción de las necesidades sociales. La segunda es, a riesgo de introducir nociones extrañas a la teoría marxista, una concepción de un progreso técnico muy sesgada en el sentido del aumento del peso del capital. Estos dos aspectos están evidentemente ligados.

Los esquemas de reproducción.

En la tradición marxista se ha producido, a menudo, una utilización fuera de lugar de los esquemas de reproducción. Es lo que dice Mandel en las primeras páginas del *Capitalismo Tardío*: “estimamos que los esquemas de reproducción no son utilizables para la investigación de las leyes de desarrollo del capital o de la historia del capitalismo”/16. Es un punto de vista metodológico importante de recordar, especialmente porque Mandel lo infringe en numerosas ocasiones. En una primera aproximación, consiste en mostrar que existe un número demasiado grande de parámetros, y que por lo tanto los cambios de las magnitudes fundamentales son relativamente indeterminados. Hay una enorme tentación a reducir el número de “grados de libertad”, imponiendo condiciones suplementarias para engendrar un modelo determinista de la evolución del capitalismo, imponiendo, por ejemplo, una regla de proporcionalidad entre las dos secciones de la economía. Tales restricciones no tienen razón de ser, y este tipo de teorización de la dinámica del capital, de sus crisis (incluso de su hundimiento final) se basa en formulaciones ad hoc sin gran interés. Simétricamente, no se pueden tampoco invocar simulaciones aritméticas para demostrar que un crecimiento armonioso es compatible con las leyes de la acumulación capitalista. Estas versiones opuestas, catastrofistas o armonicistas, caen por añadidura en un idéntico error: la dificultad de comprender la alternancia de ondas largas expansiva y recesiva. En un caso, son las crisis las que aparecen como incomprensibles y en el otro, es por el contrario el no hundimiento del sistema el que resulta inexplicable.

El segundo nivel de crítica de la utilización habitual de los esquemas de reproducción supone un subterfugio. Se trata esta vez de salir de una visión simplista que opone un marxismo que no se interesaría más que por los valores de cambio, a una teoría neoclásica que haría jugar un papel central a la utilidad. Sin embargo, los valores de uso importan, incluso en el campo del marxismo, y el cierre concreto de los esquemas de reproducción supone una cierta correspondencia entre lo que se produce y lo que se consume. Marx escribe, por ejemplo, que “para que una mercancía pueda ser vendida a su valor de mercado, es decir proporcionalmente al trabajo social necesario que contiene, la masa total del trabajo social utilizado para la totalidad de este tipo de mercancía debe corresponder a la importancia de la necesidad social existente para esta mercancía, es decir de la necesidad social solvente” /17. Esta necesaria adecuación entre la producción y los bienes concretos que materializan las necesidades sociales lo es aún más si se razona dinámicamente. Es preciso entonces que la estructura de las necesidades sociales (solventes) progrese en correspondencia con la oferta, y no solo desde el único punto de vista de la masa de valores, sino también de la estructura de

los valores de uso que “llevan” este valor de cambio global. Dicho de otra forma, es preciso que la estructura de consumo sea compatible con la orientación de la acumulación, y la reproducción de conjunto induce por consiguiente a una dialéctica entre producción y consumo sobre la que Marx insistía: “ El hambre es el hambre; pero si es aliviada con carne preparada y comida con la ayuda de un tenedor o de un cuchillo, es diferente de la que es calmada comiendo carne cruda, desgarrada con las manos, las uñas y los dientes. No es solo el objeto del consumo, es también el modo de consumo el que la producción crea objetiva y subjetivamente (...). Produce pues el consumo: a) proporcionándole su materia; b) determinando el modo de consumo; c) suscitando en el consumidor la necesidad de productos, que ha creado primero materialmente” /18. Es algo distinto de una condición de proporcionalidad muy global entre grandes secciones, entre acumulación y consumo. Esta adecuación estructural debe ser reproducida en el interior de cada una de ellas. Desde este punto de vista, se puede discernir en Mandel una cierta reticencia a abordar la cuestión y a tomar en consideración lo que ha podido haber de nuevo en el consumo de masas de bienes manufacturados. Esta idea central que fue introducida por los regulacionistas, y que representa a nuestros ojos una profundización del análisis de Marx, conduce a una primera subestimación de las características excepcionales de este período.

La composición orgánica del capital.

Del lado de la producción, existe un hilo conductor que ocupa un lugar importante en el análisis de Mandel. Es la idea de que la revolución tecnológica permanente conduce forzosamente a un crecimiento de la composición orgánica del capital, y este planteamiento se inscribe en una lectura bastante ortodoxa de la disminución tendencial de la tasa de ganancia. En el muy interesante texto añadido en la reedición de *El Capitalismo Tardío* /19, Mandel sintetiza sus principales tesis y propone su siguiente resumen: “El aumento de la composición orgánica del capital conduce a la caída tendencial de la tasa media de ganancia. Esta puede ser parcialmente compensada por diversas contratendencias, la más importante de las cuales es la tendencia al aumento de la tasa de plusvalía (la tasa de explotación de la clase obrera) independientemente del nivel de los salarios reales (que pueden aumentar en las mismas circunstancias, dada una tasa suficiente de incremento de la productividad del trabajo). Sin embargo, a largo plazo, la tasa de plusvalía no puede aumentar proporcionalmente a la tasa de incremento de la composición orgánica del capital, y la mayor parte de las contratendencias tienden, al menos periódicamente (y también a muy largo plazo), a ser a su vez suplantadas”.

Esta formulación, por otra parte clásica, no es verdaderamente satisfactoria, por varias razones. Una vez más, la formulación concerniente a la tasa de plusvalía no está clara. La tasa de plusvalía está determinada por la evolución relativa del salario real y de la productividad del trabajo: esta última tiene por efecto reducir el valor de la fuerza de trabajo para un salario real dado, pero puede compensar una mejora del nivel de vida de los trabajadores, sin que esto se traduzca en una disminución de la tasa de explotación. No hay aquí ley general según la cual la tasa de explotación debiera o no aumentar: eso depende del ritmo de la productividad del trabajo y de la relación de fuerzas capital/trabajo. Es pues obligado distinguir los dos componentes de la tasa de plusvalía (salario real y productividad del trabajo) a no ser que nos situemos en un caso muy particular de mantenimiento a medio plazo del

salario real. Pero, a partir del momento en que se introduce esta distinción, la observación sirve también para la composición orgánica del capital.

La relación en valor del capital constante con el capital variable no obedece tampoco a una ley general de aumento que se derivaría de la acumulación del capital muerto en relación al capital vivo. Hay tres razones para ello. La primera es que el capital muerto transmite poco a poco su valor a las mercancías producidas. El capital constante aumenta con la acumulación, pero disminuye con esta transferencia de valor que se puede llamar amortización, de tal forma que la composición orgánica tendería más bien a estabilizarse. Para ilustrar esta proposición, puede imaginarse una economía en la que el gasto de trabajo, es decir el valor total creado cada año, es constante, la tasa de plusvalía también constante y donde toda la plusvalía es acumulada. Si la tasa de amortización es constante, la composición orgánica del capital tiende hacia una constante /20.

Este resultado es bastante simple de entender: en valor, la amortización aumenta proporcionalmente al capital, mientras que el valor nuevo acumulado es constante. La primera magnitud aumenta hasta igualar progresivamente el incremento (constante) de capital acumulado y en ese momento el capital constante no aumenta más en valor, puesto que la cantidad de valor que se le añade (la acumulación) es igual a lo que se le retira (la amortización). Se puede ciertamente construir ejemplos en los que la composición orgánica aumente indefinidamente, pero esta tendencia es obtenida como subproducto de otras tendencias que no se pueden considerar representativas del funcionamiento normal del capitalismo, por ejemplo, un aumento de la parte acumulada del producto social, o una prolongación continua de la duración de la vida del capital, etc.

Este resultado se enfrenta sin embargo con la intuición según la cual la acumulación aumenta el peso del capital respecto al trabajo. Este aumento del peso de las combinaciones productivas es un hecho cierto, pero concierne a la composición técnica, cuyo crecimiento no conlleva forzosamente el de la composición en valor. El indicador más simple es el capital per cápita que relaciona el stock de capital –el número de máquinas si se prefiere- con los efectivos empleados o el número total de horas de trabajo. Pero, hay que señalar, que tal concepto de “capital” definido como un stock de medios de producción es ajeno a la teoría marxista y no tiene sentido más que en la teoría neoclásica. Tal objeción no es legítima, puesto que confunde problemas de medida con la crítica de un concepto.

El concepto de capital de la teoría marginalista es ciertamente criticable, porque se define como preexistente a los precios relativos. Dicho de otra forma, debiera ser teóricamente posible determinar la cantidad de esta sustancia particular, de este “factor de producción”, el capital en general, independientemente de los precios y por tanto de la distribución. Esta exigencia resulta lógicamente del hecho de que se va luego a construir una teoría de la distribución que establece que la ganancia está determinada por la productividad marginal del capital, reflejando el salario de forma simétrica la productividad marginal del trabajo. Se reconoce la crítica llamada “cambridgiana” de la teoría del capital que consiste en decir que esta teoría es circular y que la medida del capital físico no puede preexistir al sistema de precios /21.

Todo esto es perfectamente justo, pero no tiene nada que ver con la posibilidad de construir un agregado denominado capital fijo. Nadie discute la pertinencia de una noción de productividad del trabajo, que supone la medida de un producto “físico” como agregado, como conjunto de valores de uso que no se pueden combinar más que con la ayuda de un sistema de precios. El stock de capital suma por su parte generaciones de inversión y es deudor de convenciones parecidas, a la que viene a añadirse una ley razonable de amortización.

Así pues, el capital per cápita aumenta, y es un hecho empírico que no es objeto de ninguna discusión. ¿Porqué entonces no se puede deducir de ello la tendencia al alza de la composición orgánica? Esta imposibilidad deriva esencialmente de la acción de la productividad del trabajo, que una formalización mínima permite percibir /22. El paso de la composición técnica a la composición orgánica depende de la evolución de la productividad y del salario real. Con la tasa de plusvalía constante, la composición orgánica no aumenta a no ser que la composición técnica del capital crezca más rápidamente que la productividad del trabajo. En otros términos, la identidad entre los sucesivos cambios de la composición técnica y de la composición valor no puede ser establecida con carácter general.

La tasa de ganancia.

Estas elaboraciones hacen aparecer un caso hipotético en el que todo crece en la misma proporción: el salario real, la productividad del trabajo, el capital per cápita. Es lo que Joan Robinson llamaba Edad de oro y definía así: “Cuando el progreso técnico es neutro y sobreviene regularmente sin modificar la periodización de los procesos de producción, cuando los mecanismos de la competencia funcionan sin trabas, el crecimiento de la población (dado el caso) es regular y la acumulación es suficientemente rápida para proporcionar la capacidad de producción necesaria a la población activa disponible que trata de emplearse, la tasa de ganancia tiende a ser constante y el nivel de los salarios a elevarse con la producción per cápita. El sistema está desprovisto de contradicciones internas (...). Podemos designar este conjunto de condiciones como la característica de la “edad de oro” (indicando así que esto constituye una situación muy improbable en una economía concreta)” /23. En este caso, la composición orgánica, la tasa de plusvalía y la tasa de ganancia son constantes.

Establecer una ley tendencial de disminución de la tasa de ganancia, es también decir porqué esta configuración es imposible (versión fuerte) o no sostenible largo tiempo (versión débil). La versión fuerte debe ser rechazada en sus dos variantes. La primera se basa en una hipótesis de desviación del progreso técnico, según la cual el capital per cápita aumentaría siempre más rápidamente que la productividad del trabajo. Pero se acaba de ver que una hipótesis tal no tiene ninguna justificación. La segunda estipula que el salario nunca puede crecer tan rápidamente como la productividad y, por consiguiente, que existe una ley universal de disminución de la participación de los salarios, que contribuye, a su vez a la elevación de la composición orgánica. Sin embargo, la evolución del salario real es un producto de la lucha de clases, y por ahora, nada permite afirmar que aumenta necesariamente con menos rapidez que la productividad.

Volvemos a encontrar a fin de cuentas la subestimación de los logros del fordismo, por otra parte efímeros a escala histórica. Mandel aborda indirectamente este punto, cuando analiza los cuatro principales dispositivos que permiten en general al capitalismo dominar la cuestión de las salidas. Está en primer lugar el autodesarrollo de la sección de los medios de producción que admite límites evidentes puesto que a fin de cuentas la demanda de máquinas es inducida por la demanda de bienes de consumo. El segundo elemento es la demanda que emana de otras clases sociales distintas de los asalariados. Estos dos factores jugaron un papel relativamente secundario durante la expansión de posguerra. Mandel añade a ello el hecho “de que una parte creciente de los bienes de consumo no se vende contra rentas, sino contra crédito” pero esta formulación no es correcta, puesto que la realización del valor se efectúa siempre “contra rentas” y la función del crédito es reasignar las rentas corrientes, sin poder constituir una salida autónoma. Finalmente, el último factor trata sobre el “consumo de masas”, principalmente el de los asalariados, pero Mandel añade inmediatamente que crece “menos rápidamente que el valor total de las mercancías producidas” /24. Volvemos a encontrar la expresión “clásica” de la baja tendencial: “La elevación de la tasa social media de plusvalía tiene dos resultados contradictorios que conducen en definitiva a una disminución de la tasa media de ganancia, es decir de la relación entre el capital social total y la masa de plusvalía total. Por una parte, la acumulación del capital aumenta. Por otra, la parte del trabajo vivo en el gasto de trabajo social total disminuye. Pero como el trabajo vivo es el único creador de plusvalía, se trata de una simple cuestión de tiempo antes que la elevación de la composición orgánica del capital debida a la aceleración de la acumulación del capital sobrepase la elevación de la tasa de plusvalía y disminuya finalmente la tasa de ganancia” /25.

La versión débil de la caída tendencial de la tasa de ganancia remite por su parte a la dinámica de conjunto del capitalismo y a dos de sus características esenciales, la competencia entre capitalistas y la lucha de clases. La primera empuja a la búsqueda incesante de incrementos de productividad por medio de un aumento del capital por cabeza: se trata de ganar contra la competencia, pero también contra los asalariados, reduciendo sus efectivos. La lucha de clases, a sus diferentes niveles, intenta por su parte mantener la progresión de los salarios por debajo de la de la productividad. La ausencia de control social sobre estos procesos conduce a la idea de que las condiciones excepcionalmente complejas y frágiles que permiten una progresión armoniosa del sistema no pueden ser establecidas más que de forma relativamente corta a escala histórica. Al cabo de un cierto tiempo, las contradicciones acaban con las mejores regulaciones: la resistencia a la subida salarial, y la sobreinversión de sustitución acaban por atacar a la rentabilidad.

Estancamiento, monopolios, inflación.

A pesar de lo que acabamos de decir sobre su ortodoxia, la obra de Mandel no puede evidentemente ser ubicada entre las versiones dogmáticas del marxismo. Dos puntos esenciales de su método le preservan absolutamente de ello: en primer lugar, la perspectiva histórica, y también el análisis del sistema capitalista tomado en su totalidad, que aparece entonces “como una estructura articulada de diferencias de productividad, como el producto de un desarrollo desigual y combinado de estados, regiones, ramas industriales y firmas, en último análisis determinado por la búsqueda de ganancias extraordinarias” /26. Las tres principales fuentes de estas ganancias extraordinarias corresponden a transferencias de valor

proveniente de las regiones agrícolas, de las colonias y semicolonias o también de las ramas de producción técnicamente menos desarrolladas. Mandel propone una periodización marcada por un desarrollo progresivo de la dinámica del capitalismo. El centro de gravedad del capitalismo de libre competencia “se sitúa en la yuxtaposición de desarrollo y subdesarrollo regionales en el seno del país que se industrializa”; con el imperialismo clásico, el factor de dinamismo principal se encuentra en la “yuxtaposición del desarrollo internacional (en los países imperialistas) y del subdesarrollo (en los países coloniales y semicoloniales)”. En cuanto al capitalismo tardío, su dinamismo está más autocentrado y toma la forma de una “yuxtaposición del desarrollo y del subdesarrollo de ramas industriales de crecimiento y de ramas industriales en estancamiento o declive en los países imperialistas y, de forma secundaria, en las semicolonias” /27.

Este planteamiento historiado se acompaña con un proyecto constante que apunta a mostrar como las contradicciones fundamentales del capitalismo, contradicciones clásicas se podría decir, se reproducen a través de las formas nuevas que no hacen sino desplazarlas. Tres temas dominaban en la época el debate heterodoxo: los monopolios, la inflación y los gastos de armamento. En cada uno de estos puntos, Mandel mantiene una posición teórica intermedia entre “modernistas” y “conservadores”, dicho de otra forma, entre dos formas de considerar las transformaciones del capitalismo. Los modernistas insisten en los aspectos funcionales de estas transformaciones que permitirían al sistema superar sus contradicciones, y adoptar un registro radicalmente nuevo. La noción de un capitalismo organizado era en aquél momento dominante, y la crítica marxista tenía como tarea poner en cuestión esa visión armoniosa, sin caer en un dogmatismo catastrofista, sin gran relación con la realidad. Los “conservadores” intentan al contrario mostrar que nada cambia, y que las mismas contradicciones siguen actuando.

En lo que concierne a los monopolios, Mandel no se sumó jamás a las tesis estancacionistas de inspiración keynesiana (Steindl)/28 o marxista (Baran y Sweezy) /29. Para él, la concentración del capital no implicaba la desaparición de la competencia. Mandel retoma por su cuenta una reflexión de Marx: “si la formación de capital se convirtiera en el monopolio exclusivo de un pequeño número de grandes capitales llegados a la madurez, para los que la masa de ganancia estaría por delante de su tasa, el fuego vivificador de la producción se extinguiría definitivamente” /30 y presenta como una evidencia el hecho de que “un capitalismo sin competencia sería un capitalismo sin crecimiento” /31. Pero, retomando una idea ya presente en el Tratado, intenta más bien teorizar su modo de funcionamiento bajo el capitalismo de los monopolios: “Así se constituye el equivalente de una perecuación tendencial de las sobreganancias, es decir una yuxtaposición de dos tasas de ganancias medias, la del sector monopolizado y la del sector no monopolizado de los países imperialistas” /32. Esta transferencia de valor permite hacer compatible el poder atribuido a los monopolios de fijar sus precios, el fenómeno de la inflación permanente y la ley del valor. Una gran parte del debate entre economistas marxistas trataba en efecto sobre esta cuestión de los precios y de la ganancia. Muchas posiciones aproximativas insistían en el hecho de que la inflación era un medio de garantizar la tasa de ganancia, con el riesgo de admitir una cierta desconexión de los precios en relación al valor de las mercancías. Uno de los trabajos fundadores de la escuela regulacionista trataba precisamente sobre un análisis de la inflación, hecha posible por el paso a una “regulación monopolista” /33. Esta discusión se articulaba

por otra parte con un debate más teórico sobre la transformación de los valores en precios, abierto por la crítica neoricardiana de la teoría marxista, a partir, principalmente, de los trabajos de Sraffa. La doble perecuación de las tasas de ganancia y el análisis de la inflación permanente propuesto por Mandel han proporcionado los elementos de una respuesta globalmente correcta a la puesta en cuestión de la ley del valor. La idea central es que ningún dispositivo ni siquiera tan permisivo como la moneda de crédito puede conducir a una creación de valor que iría más allá de la plusvalía engendrada por la explotación del trabajo asalariado, ni tampoco compensar duraderamente los mecanismos profundos que vienen a influir sobre la rentabilidad.

El tratamiento de la economía de armamento se inscribe en la misma lógica. Para toda una corriente marxista estancacionista, los gastos de armamento juegan en el capitalismo de posguerra un papel absolutamente central. Baran y Sweezy escriben por ejemplo: “Parece que aquí, el capitalismo monopolista haya definitivamente encontrado la respuesta a la cuestión de saber en qué dominio deben efectuarse los gastos gubernamentales para impedir al sistema hundirse en el pantano del estancamiento. Se trata de comprar armas, más armas y siempre armas” /34. Para Mandel, los gastos de armamento no constituyen una respuesta duradera a la bajada tendencial de la tasa de ganancia, porque representan una punción sobre la plusvalía social, y contribuyen, al igual que otras ramas, a un aumento de la composición orgánica.

El giro.

¿De donde proviene el giro? Hay ahí un problema teórico de gran amplitud, en el que se trata de hacer compatible una historia concreta con esquemas teóricos que integran a la vez la posibilidad de fases de extensión y la ineluctabilidad de las crisis. Esta articulación es extremadamente compleja, pues es necesario que las teorías no sean “demasiado buenas”. Existen así lecturas “catastrofistas” que explican tan bien la crisis que no se comprende como no es permanente; viceversa, los planteamientos “armonicistas” conducen a preguntarse como una mecánica tan bien engrasada ha podido atascarse alguna vez. No se puede tampoco exigir a las formulaciones teóricas que proporcionen un abanico de lectura universal y atemporal, aplicable a todas las situaciones de crisis, puesto que eso sería negar su dimensión histórica. Otra manera de expresar esta dificultad consiste en insistir en la contradicción que existe entre las causas estructurales de la crisis, y sus formas brutales de aparición. Se podría fácilmente mostrar que el lugar de irrupción de la crisis designa siempre un “falso culpable”, una causalidad superficial. En 1973-74, se habló inmediatamente del choque petrolero, mezclando alegremente un factor directo de la entrada en recesión y sus causas profundas. Las Bolsas son el lugar de predilección de emergencia de las crisis, no porque la dimensión financiera sea primera, sino porque se trata de la escena natural en la que se da el desenlace de la necesidad de una desvalorización violenta del capital. Este problema de interpretación existe también en el seno del marxismo más tradicional: cómo, y en qué condiciones, una tendencia como la de la baja de la tasa de ganancia, puede en efecto engendrar krachs periódicos?. Una dificultad parecida se expresa por la variedad de significaciones del término de crisis que se aplica tanto al choque brutal del krach, como al atasco en la crisis que dura. Tres figuras teóricas permiten avanzar en estos terrenos: la acumulación de las contradicciones, el momento del cambio de

los círculos virtuosos, la distinción entre variables del tiempo largo y variables del tiempo corto.

La primera figura útil para la lectura de la crisis es la de las tensiones acumuladas. Se puede tomar la imagen de una presa que cede: la catástrofe interviene en un tiempo muy corto pero es el resultado de un lento trabajo de desgaste. La primera brecha puede ser minúscula, pero desencadena un proceso de transformación cualitativa, provoca un desequilibrio que se transforma en ruptura. El lugar en el que se ha producido la primera fisura es indiferente: su localización no da ninguna indicación sobre alguna determinada causalidad. Para seguir la metáfora, la posición de Mandel consiste en observar la presa antes de que ceda y mostrar a la vez porqué ha aguantado hasta entonces y porque no puede resistir a las presiones que se acumulan. Si se olvida uno de los términos de este pronóstico, se obtiene un discurso unilateral fácilmente criticable. Y es por otra parte lo que explica que Mandel haya sido objeto de críticas contradictorias. Ha habido defensores del dogma que le atribuían la tesis según la cual el capitalismo había resuelto sus contradicciones. Pero, otros, en sentido contrario, le han reprochado prever permanentemente el hundimiento del sistema.

Un segundo instrumento conceptual conduce a observar cómo los dispositivos virtuosos pueden transformarse progresivamente en su contrario para convertirse de alguna manera en aceleradores de la contradicción. La inflación presenta así muchas ventajas para la financiación del capital, pero se limita a escalar las contradicciones en el tiempo, hasta el momento en que se transforma en su contrario, en un obstáculo para la gestión capitalista de la crisis. Se ha visto que la inflación juega un papel central en los análisis del capitalismo de posguerra y fue sin duda Mandel quien mostró mejor su doble naturaleza. Pero es también alrededor de la consigna de lucha contra la inflación como va a efectuarse el giro neoliberal, siendo evidentemente el objetivo real imponer la austeridad salarial como nueva norma. Y, para esto, había que deshacer este instrumento de regulación, que se convertía en un obstáculo a la puesta en pie de las políticas de salida de la crisis. El mismo razonamiento se aplica a los gastos sociales o, más recientemente, a los gastos militares, sobre los que todo el mundo se ponía de acuerdo en describir el impacto antirecesión, pero de los que Mandel fue uno de los raros teóricos en comprender la dimensión contradictoria, a saber, el peso creciente que representaban en la formación de la ganancia.

Finalmente, ha de realizarse una última distinción entre las variables de largo plazo y las variables a corto plazo. El paso de la onda larga expansiva a la onda larga recesiva no puede ser comprendido más que por una modificación de la configuración capitalista de conjunto que Mandel propone analizar a partir de una combinatoria de lo que llama “variables parcialmente independientes”. Las principales son: 1) la composición orgánica del capital en general y en las dos secciones; 2) el reparto del capital constante entre capital fijo y capital variable; 3) la evolución de la tasa de plusvalía; 4) la evolución de la tasa de acumulación (relación entre plusvalía consumida productivamente e improductivamente); 5) la duración del ciclo de renovación del capital; 6) las relaciones de cambio entre las dos secciones. La tesis que sostiene Mandel es que “la historia del capitalismo, simultáneamente historia del desarrollo de sus contradicciones y de su lógica interna, no puede ser aprehendida ni comprendida más que en función del juego combinado de estas seis variables. Las fluctuaciones de la tasa de

ganancia son el sismógrafo de esta historia, porque expresan el resultado de este juego combinado de la manera más clara” /35.

Sin embargo, estas variables no pueden por sí mismas dar cuenta de los cambios coyunturales. La recesión generalizada de 1974-75, que cierra el período de expansión, no puede ser directamente explicada por variaciones tendenciales de productividad o aún menos por evoluciones lentas de la demanda social. Son sin embargo estos movimientos tectónicos lentos, subterráneos, los que conducen a la crisis (posteriormente a la no salida de la crisis) incluso si ésta toma la forma concreta de la erupción, del temblor de tierra o del maremoto. El relato de las crisis y el análisis histórico de las ondas largas suponen pues un dominio de la “discordancia de los tiempos”, por retomar la bella expresión (y no solo metafórica) de Bensaïd /36.

¿Porqué la crisis?

A pesar de las reservas críticas levantadas en lo que precede, la explicación de la crisis que deriva del análisis de Mandel aparece bastante más coherente que la de los regulacionistas, incluso si se basa en premisas incompletas. ¿Qué dicen en efecto los regulacionistas?. Para ellos, la crisis está ligada a un agotamiento de las ganancias de productividad, lo que es fundamentalmente justo. Pero, ¿a qué es debido esta ralentización? Ahí, los regulacionistas oscilan entre varias versiones, que se pueden clasificar en tres rúbricas. La primera es tecnológica: se exprimido todo lo que se podía el “paradigma tayloriano”, acelerado las cadenas de montaje al máximo, y se ha entrado en una fase de rendimiento decreciente del taylorismo. La segunda es más “obrerista” y pone en primer plano las resistencias a la intensificación del trabajo. Finalmente, la tercera es más clásicamente keynesiana e insiste en el agotamiento de los mercados de masas por saturación progresiva de los mismos. Estas explicaciones tienen todas su parte de validez pero se contraponen a la originalidad teórica de la regulación. En el interior de esta teoría, es en efecto paradójicamente difícil comprender porqué el capitalismo bien regulado no ha podido operar los cambios necesarios hacia nuevas formas de organización del trabajo, hacia un ajuste transitorio de los salarios, y hacia la satisfacción de nuevas necesidades sociales. Y por otra parte, coherentes con su lógica, los regulacionistas han intentado desde el comienzo de los años ochenta extraer los contornos de una regulación “post-fordiana” sin conseguir construir un escenario alternativo en relación al rodillo compresor neoliberal.

Mandel tuvo razón contra los regulacionistas, porque su análisis y sus pronósticos tenían en cuenta la naturaleza contradictoria del modo de producción capitalista y el hecho de que no está orientado hacia la satisfacción óptima de las necesidades sociales. La regulación fordista le ha sido en amplia medida impuesta, y su lógica interna ha entrado en conflicto con la trayectoria sobre la que se situaba la onda larga expansiva, que llevaba efectivamente a una socialización progresiva y a una reorientación de la demanda social hacia los servicios colectivos. Hay aquí que jerarquizar las determinaciones, y distinguir bien factores desencadenantes y modalidades profundas de la crisis. Mandel polemizó con razón contra todas las interpretaciones monocausales de la crisis, se tratara de las teorías simétricas del *profit squeeze* (estrangulamiento de la ganancia) /37 o de la dificultad de absorción de la sobreganancia de Sweezy. El análisis de la crisis debe combinar estos elementos explicativos -

bajada de la tasa de plusvalía, sobreacumulación, bajada ulterior de la productividad - en una lectura que sea coherente con la configuración de la onda de expansión que se acaba.

Retrospectivamente, la variable de largo plazo más característica es el deslizamiento de la demanda social hacia los servicios colectivos, que mide por ejemplo el crecimiento de la parte socializada del salario. Se trata ahí de una especie de antifordismo, en un doble aspecto: los trabajadores del sector mercantil no consumen ya lo que producen sino, en una parte creciente, los productos del sector no mercantil; además, los bienes y servicios que son los soportes concretos de este consumo no generan incrementos de productividad tan importantes como sería preciso. El “fordismo” se descompone en la medida en que el salario se autonomiza respecto a la productividad. Las ganancias de salarios obtenidas en las luchas sociales de fines de los sesenta hacen entonces retroceder la tasa de plusvalía. Los capitalistas responden con inversiones de productividad que no dan los resultados deseados, y la tasa de ganancia cae. Como trasfondo, el aspecto dominante es sin duda el agotamiento de las normas de consumo, de donde viene la importancia de esta noción. Es lo que aparece en cualquier caso con veinte años de perspectiva, a partir de una constatación fundamental, que es el restablecimiento de la tasa de ganancia, obtenido por el bloqueo de los salarios y la desvalorización del capital. ¿Qué es lo que falta entonces para reanudar un crecimiento de tipo “fordista”? Esta pregunta es el punto oscuro de la escuela de la regulación, y es en Mandel donde se puede encontrar el método para plantearla bien.

Tecnología.

Otra forma de formular esta interrogación es preguntarse en qué lugar de la onda larga podemos situarnos hoy. ¿Se ve el esbozo, principalmente en los Estados Unidos, de una nueva fase de expansión?. Para abordar esta discusión, hay que guardarse de un cierto número de simplificaciones, y el planteamiento de Mandel sobre este punto es una referencia indispensable. En primer lugar hay que guardarse de una concepción mecánica de los ciclos largos según la cual bastaría con esperar 25 años para que recomience el asunto. La única base objetiva de esta periodización sería un ciclo específico de la innovación (tecnológica). Sin embargo, tal ciclo no existe, e incluso si se diera el caso, la transformación de las innovaciones (tecnológicas) en fuerzas productivas no tendría ninguna razón para obedecer a una tal regularidad temporal. Se ha interpretado demasiado a menudo el planteamiento de Mandel asociando su teoría de las ondas largas con una forma a penas renovada del planteamiento de Schumpeter. En un texto fundador de la escuela de la regulación, Boyer retoma por su cuenta esta asimilación: “No podríamos contentarnos con la interpretación bastante mecánica propuesta por N.D.Kondratief, recientemente retomada por E. Mandel, que representa la historia del capitalismo como la sucesión de olas de fuerte y luego de débil acumulación de duración aproximada de un cuarto de siglo (...). Ningún principio teleológico viene a garantizar ni la sucesión mecánica de fases ascendentes, luego descendentes, ni el paso automático de un régimen de acumulación principalmente extensivo a un régimen a dominante extensiva” /38. Se trata aquí de una lectura equivocada del capítulo

correspondiente al Capitalismo Tardío (y por otra parte también de Kondratief), sobre la que la escuela de la regulación no ha vuelto nunca. Dockes y Rosier /39 subrayarán por el contrario que Mandel ha sido “uno de los primeros autores que se reclaman de Marx en introducir explícitamente la lucha de clases en su explicación de los ciclos largos” incluso si le dirigen el reproche casi simétrico de hacer de ello un elemento exógeno, lo que es también un contrasentido, pero de otra naturaleza.

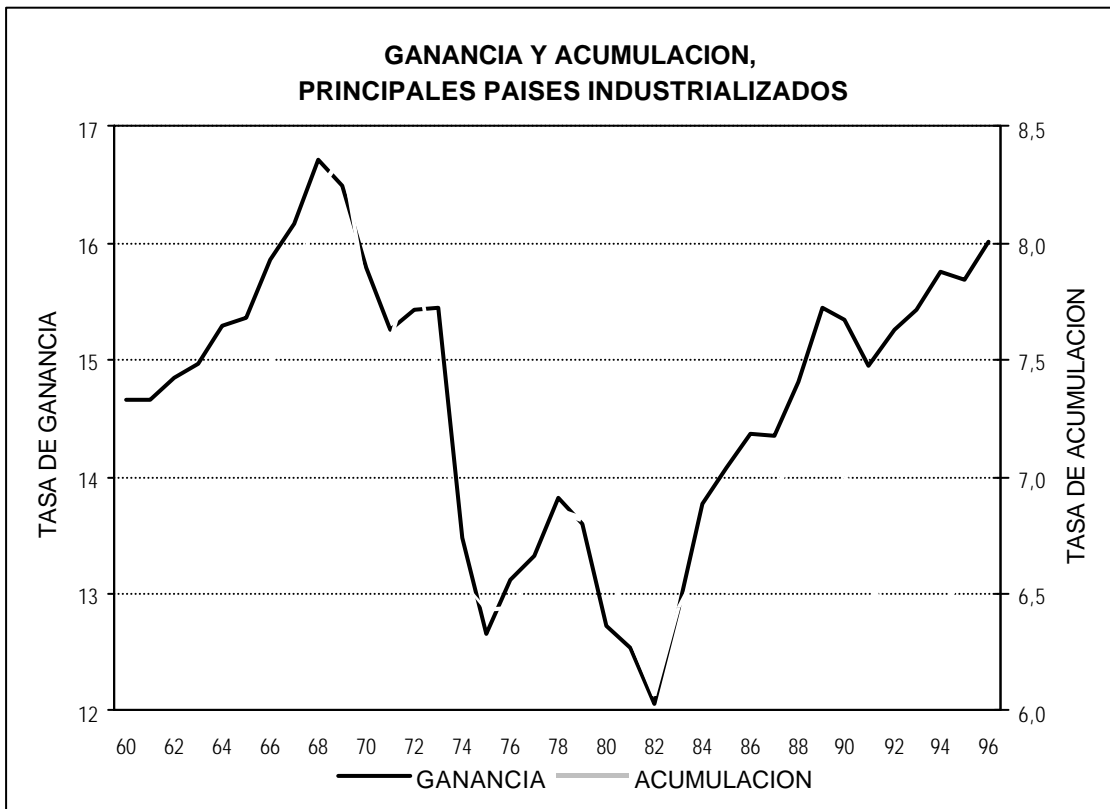
La nueva edición de las Ondas largas/40 hace justicia de esta crítica, que se aplica si acaso a los escritos de Mandel de comienzo de los años sesenta. Pero –y el descubrimiento de los Grundrisse ha pasado por ahí– la elaboración ulterior de Mandel hace jugar un papel creciente a la incapacidad de las relaciones sociales capitalistas para hacer efectivas todas las potencialidades del progreso técnico. Así, en el Capitalismo Tardío, Mandel cita, para denunciarlo, este pasaje de Habermas: “A partir de ahí, no se ve verdaderamente de qué forma llegaríamos nunca a poder renunciar a la técnica, en este caso a nuestra técnica, en beneficio de otra que sería cualitativamente diferente, mientras la naturaleza humana no se modifique y por consiguiente debemos continuar manteniendo nuestra existencia gracias al trabajo social y a la ayuda de medios que sustituyen al trabajo” /41. Mandel rechaza absolutamente esta posición, en la que discierne “la creencia apologética de que solo la técnica desarrollada según la lógica capitalista sería capaz de superar la insuficiencia del trabajo manual simple”. En efecto, porque, “en un contexto social radicalmente distinto, los hombres, ampliamente liberados de la obligación del trabajo mecánico, pero desarrollando al mismo tiempo plenamente sus capacidades creadoras, serían incapaces de desarrollar una técnica “cualitativamente diferente”, adaptada a las necesidades de la “rica individualidad”?” /42. Algunos años más tarde, en un texto que sigue inédito en francés, Mandel insistirá de nuevo sobre esta posición: “Hay también que subrayar que toda concepción que haga de la tecnología contemporánea –que destruye la naturaleza y amenaza directamente la vida – el producto “inevitable” de la lógica interna de la ciencia, debe ser rechazada como oscurantista, ahistórica y, en último análisis, apologética respecto al capitalismo. No hay nada nuevo en la comprensión del hecho de que la tecnología desarrollada en régimen capitalista no es la única posible, que es una tecnología específica introducida por razones precisas derivadas de la naturaleza misma de la economía capitalista y de la sociedad burguesa” /43.

Esa onda larga...

Para responder a la cuestión de la trayectoria del capitalismo contemporáneo, mas vale también evitar los calcos históricos un poco rápidos. La teoría de las ondas largas debe ser desembarazada de sus oropeles mecanicistas y no conducir a una visión según la cual los flujos y reflujos histórico-económicos se desarrollaría según un gran calendario de las mareas escrito por adelantado en algún lugar. En particular, cada “onda” combina diferentemente las contradicciones internas del capitalismo, obedece a una dinámica particular y conduce a esbozar salidas diferentes. La última vez, fue la guerra y el fascismo, pero este esquema no es el único posible y es, por otra parte, otro completamente diferente, el que abrió una fase expansiva a finales del siglo pasado /44. Finalmente, hay que, cuidarse de una concepción en la que la tasa de ganancia representaría el alfa y omega, de tal forma que existiría un umbral

de rentabilidad que bastaría con alcanzar para que se iniciase espontáneamente una nueva fase de expansión.

Desde hace un cuarto de siglo, el capitalismo se ha instalado en una fase recesiva y ha puesto en pie una regulación neoliberal relativamente coherente y bastante nueva en su historia. No es una fase expansiva en el sentido de que la tasa de acumulación y la tasa de crecimiento permanecen modestas en relación a los niveles alcanzados en el pasado; el salario real progresa lentamente y el subempleo se extiende por el mundo. Pero el rasgo más nuevo es el restablecimiento de la tasa de ganancia a niveles comparables a los de antes de la crisis. El gráfico 1 muestra en detalle las diferentes fases de las relaciones entre dos magnitudes fundamentales como son la tasa de ganancia y la tasa de acumulación. Los datos se refieren a las medias ponderadas calculadas a partir de una muestra de los principales países industrializados para los que están disponibles las estadísticas de la OCDE: Estados Unidos, Japón, Alemania, Francia, Italia, Reino Unido, Bélgica, Dinamarca, España, Grecia, Noruega, Suecia, Finlandia y Suiza. En el curso de los años sesenta, beneficio y acumulación progresan conjuntamente hasta un primer nivel, seguido de la primera recesión generalizada de 1975-1975. Un ciclo de recuperación parece entonces esbozarse, pero no consigue despegar, y aparece la segunda recesión generalizada de comienzos de los años ochenta. A partir de esta fecha bisagra, se emprende el restablecimiento de la tasa de ganancia con la generalización de las políticas neoliberales en los diferentes países. Pero la tasa de acumulación no le sigue. El ciclo de fin de los años ochenta parece esbozar un acercamiento, pero se produce un cambio muy claro a comienzo de los años noventa, de tal forma que la tasa de acumulación vuelve a caer a niveles débiles, de similar magnitud media en los últimos veinte años.



Es esta desconexión entre ganancia, por una lado, acumulación y crecimiento por otro, lo que permite hablar de la fase 1974-1998 como de la vertiente recesiva de una onda larga, de la que el capitalismo mundial no parece querer salir. Esta incapacidad por alcanzar tasas de acumulación parecidas a las de los años sesenta es lo que permite rechazar la idea de una nueva fase expansiva, y se llega evidentemente a una conclusión parecida examinando las tasas de crecimiento. Pero, al mismo tiempo, conviene insistir sobre las especificidades de esta configuración neoliberal que asocia una tasa de ganancia dinámica y una acumulación poco vigorosa. Desde el punto de vista de la capacidad del sistema para rentabilizar el capital, estamos hoy en un período particularmente floreciente. Pero la plusvalía así obtenida tiene cada vez más dificultades para encontrar espacios de acumulación convenientes. Si volvemos al gráfico, la superficie delimitada por las dos curvas representa la plusvalía no acumulada, en otros términos el lugar creciente ocupado por las finanzas. Se puede incluso observar como el krach de octubre de 1987 tuvo por efecto pinchar la burbuja financiera, y acercar las dos curvas. Pero éstas han comenzado a diverger, y su separación ha aumentado desde entonces de forma prolongada.

Dicho de otra forma, la fase recesiva de onda larga se perpetúa bajo la forma de la puesta en marcha de un régimen de acumulación que asocia una tasa de plusvalía creciente y una tasa de acumulación constante, y se acompaña de la financiarización, encargada de redistribuir la plusvalía no acumulada hacia las capas sociales que tienen por función consumirla. Mandel había anticipado bien este endurecimiento neoliberal de las relaciones sociales: “El paso de la onda larga expansiva a una onda larga con tendencia al enlentecimiento del crecimiento agudiza la lucha de clases internacional. No es ya la atenuación deseada de las contradicciones sociales sino la tentativa de hacer pagar a los asalariados los costes de mejora de la competitividad de la industria, lo que se convierte en la línea directriz de la política económica burguesa. El mito del pleno empleo asegurado desaparece (...). La lucha por aumentar la tasa de la plusvalía se convierte en el centro de toda la dinámica económica y social, como ocurrió entre el comienzo del siglo y en los años treinta” /45. Este cuadro sin embargo está incompleto, debido a las modalidades de restauración de la ganancia, que no son indiferentes a la trayectoria seguida, puesto que implica un entorno de crecimiento mediocre de los mercados. Efectivamente, este resultado ha sido obtenido por medios regresivos, dicho de otra forma, por el bloqueo de los salarios más que por el desarrollo de la productividad social. Pero, por otra parte, no ha habido tampoco una gran derrota infligida a la clase obrera, ni “factor exógeno” cualitativamente nuevo. La apertura al mercado mundial de los países del Este se ha hecho de forma extremadamente selectiva y regresiva y no ha modificado la situación.

Por otra parte, Mandel integró en su análisis esta prolongación temporal del ciclo de la lucha de clases. En 1985, por ejemplo, escribía: “Es precisamente porque la fuerza orgánica de la clase de los trabajadores asalariados sigue siendo tan grande en la primera fase de la depresión, que la salida de la ofensiva sistemática del Capital está lejos de estar decidida de antemano. La probabilidad de una derrota brutal del proletariado en uno de los principales países capitalistas, comparable a la de Alemania en 1933, España en 1939 o Francia en 1940, no parece muy alta (...). La variante más probable en régimen capitalista es por tanto la prolongación de la depresión actual, con un desarrollo solamente parcial de la automatización

y de la robotización acompañada de importantes sobrecapacidades (consiguientemente de sobreproducción de mercancías), de un paro masivo y de presiones constantes para extraer cada vez más plusvalía de los trabajadores productivos, cuyo número tendería a estancarse o a bajar lentamente. Esta presión creciente a favor de la sobreexplotación de la clase obrera (por la bajada de los salarios reales y de las prestaciones sociales) intentaría debilitar, incluso destruir, el movimiento obrero independiente y a vaciar de su contenido las libertades democráticas y los derechos humanos” /46. La explicación de fondo de la incapacidad del capitalismo para impulsar una nueva fase expansiva remite finalmente a otra tesis central de Mandel, que trata sobre los límites de la automatización.

La automatización y el tiempo de trabajo.

La influencia de la lectura de los Grundrisse /47 se encuentra en *El capitalismo tardío*, donde Mandel plantea una tesis central que, en un sentido, solo hoy encuentra su plena actualidad: “Es en el doble carácter de la automatización donde se refleja de forma concentrada toda la contradicción histórica del capitalismo. Potencialmente la automatización podría significar culminación del desarrollo de las fuerzas productivas materiales, que podría liberar a la humanidad de toda obligación de un trabajo mecánico, repetitivo, no creador y alienante. En los hechos, significa, de nuevo, poner en peligro el empleo y la renta, reforzar el clima de miedo de un aumento del paro crónico masivo y de la inseguridad, que periódicamente llega hasta la bajada del consumo y de la renta, es decir, hasta el empobrecimiento intelectual y moral. La automatización capitalista en tanto que desarrollo que sale simultáneamente de la fuerza productiva del trabajo y de la fuerza destructiva y alienante de la mercancía y del capital se convierte en la expresión más característica de las contradicciones inherentes al modo de producción capitalista” /48. Mandel va incluso aún más lejos al hablar de imposibilidad: “La automatización generalizada en la gran industria es imposible en el régimen capitalista. Esperar una tal automatización generalizada mientras las relaciones de producción capitalista no sean suprimidas, es tan falso como esperar la supresión de esas relaciones de producción de los progresos mismos de esa automatización” /49.

Esta posición permite subrayar lo que constituye la razón primordial del estancamiento capitalista, del que se ha intentado por otra parte /50 mostrar que remite a una doble dificultad. Además de las resistencias sociales que se apoyan en las conquistas legítimas de los años de expansión, el capitalismo se enfrenta a su propia incapacidad para llenar la distancia creciente entre su oferta de mercancías y la demanda social. Intenta, sin lograrlo a una escala suficiente, individualizar, “remercantilizar” un modo de satisfacción de las necesidades bastante ampliamente socializado. Las múltiples innovaciones acumuladas durante los dos últimos decenios no dan lugar a incrementos de productividad suficientes, a falta del efecto de arrastre de la extensión de los mercados, y debido también a la rapidísima obsolescencia de los diferentes productos. Es lo que explica la “paradoja de Sopló”, que constata que las ganancias de productividad permanecen mediocres a pesar de las innovaciones tecnológicas y de las transformaciones en la organización del trabajo /51. Es la ausencia de mercancías susceptibles de sostener una producción y un consumo de masas lo que impide reanudar el “círculo virtuoso fordista”. Si esta lectura es correcta, el capitalismo se encuentra, quizá por primera vez en su historia, confrontado a una crisis sistémica. Ésta pone en cuestión sus propios criterios de eficacia, en el sentido de que el capitalismo consigue cada vez menos

“traducir” en mercancías rentables las necesidades hoy dominantes, se trate de salud, educación, alojamiento, calidad de vida, y sobretodo, por definición, de tiempo libre. Si, según la fórmula de Robert Boyer, el mal capitalismo expulsa al bueno, es porque la buena forma de hacer ganancias (aumento rápido de la productividad social) es expulsada por la mala, a saber, el bloqueo del salario bajo todas sus formas. Hacer de la financiarización la característica principal de tal configuración es tomar un síntoma por la causa y es también permanecer en la superficie de las cosas, no dirigiendo al capitalismo una crítica que va a la raíz de sus presupuestos /52. En otros términos, un hipotético control instaurado sobre el poder de los mercados financieros no aportaría en absoluto una respuesta a su dificultad fundamental, que es no poder tomar en cuenta las necesidades sociales tal como se expresan históricamente y concretamente en las sociedades más desarrolladas.

La respuesta a esta dificultad es hoy regresiva. Más que reconstituir las condiciones de una nueva expansión, la solución del capitalismo consiste en poner en pie “una sociedad dual, que divide al proletariado contemporáneo en dos grupos antagonistas: los que siguen integrados en el proceso capitalista de producción de plusvalía o entran a formar parte de él –principalmente en los países llamados del “tercer mundo”- con un salario que tiende a menudo a bajar; los que son expulsados de ese proceso y sobreviven por todo tipo de procedimientos deferentes a la venta de su fuerza de trabajo: subsidios; desarrollo de actividades “independientes”; pequeño campesinado y artesanado; vuelta al trabajo doméstico para las mujeres; comunidades “lúdicas”; etc. Buscando instaurar una sociedad dual, el objetivo del Capital es reducir la masa salarial únicamente a los salarios directos, que comenzarían inmediatamente a bajar con el aumento del ejército industrial de reserva. El aumento del número de trabajadores “precarios” o “intermitentes” que no disfrutan generalmente de prestaciones sociales es, igual que el paro como tal, un medio de avanzar hacia ese objetivo. Pero esto va más lejos y se llega aquí a la verdadera piedra clave en cuanto a las potencialidades realmente emancipatorias de las nuevas tecnologías y de la “robótica”. Una tal orientación remite en efecto a perpetuar de forma elitista una partición de la sociedad entre, de un lado, los que disfrutan de un tiempo libre y de las disposiciones necesarias para apropiarse plenamente de los frutos de la ciencia y de la civilización –lo que incluye la satisfacción de las necesidades materiales esenciales- y, del otro, los que están condenados (incluso se condenan ellos mismos eligiendo el ascetismo) a consagrar cada vez más de su tiempo a trabajar como “bestias de carga”, por retomar la elocuente fórmula de Marx.

El verdadero dilema, que sintetiza la opción histórica decisiva al que está hoy confrontada la humanidad, se plantea en estos términos: o bien una reducción radical del tiempo de trabajo para todos –comenzando por la media jornada o la media semana de trabajo- o bien la perpetuación de la división de la sociedad entre quienes producen y los que deciden. Esta reducción radical de la duración del trabajo para todos –que era la gran visión emancipatoria de Marx- es indispensable a la vez para la adquisición por todos de los conocimientos científicos, y para la autogestión generalizada, dicho de otra forma, la instauración de un régimen de productores asociados. Sin una tal reducción, estos objetivos son utópicos” /53.

¿Tercera edad o senilidad?

En un texto publicado en 1968, Mandel confiesa no estar absolutamente convencido por la denominación de capitalismo “tardío”, traducido al francés por la expresión “Tercera edad”: “El término alemán de Spatkapitalismus presenta un cierto interés, pero indica simplemente una secuencia temporal y no es fácil de traducir. También, hasta que se proponga uno que sea mejor, nos remitiremos al término de neocapitalismo” /54. Esta duda, que será finalmente zanjada de otra forma, tiene algo de curioso en la medida en que las dos denominaciones tienen una connotación casi inversa. El término de neocapitalismo sugiera más bien una segunda juventud, mientras que el capitalismo tardío implica una idea de envejecimiento, traducida al francés por la de tercera edad. Sin querer dar una importancia desmesurada a este debate terminológico, parecería más apropiado hablar de capitalismo de la madurez. Se trata en efecto de un capitalismo en plena posesión de sus medios, y esto permite recordar el carácter excepcional de sus logros entre 1945 y 1975. Pero es también un capitalismo que tiende a agotarse, a asfixiarse y a dejar aparecer sus limitaciones. Para seguir con la metáfora, se podría decir también que hoy está acechado por la senilidad, y que intenta en vano encontrar la belleza salvaje de sus veinte años, con la ayuda de pociones neoliberales.

Poco importan después de todo los adjetivos. Lo esencial es comprender que la concepción de Mandel se distingue resueltamente de un determinismo histórico que consistiría en presentar el capitalismo “tardío” como el estadio último, que nada separaría ya de un ineluctable hundimiento. Lo que dice Mandel es diferente. Para él, los excepcionales logros del capitalismo de posguerra no implican que sus contradicciones habrían sido dominadas de forma irreversible; prefiguran al contrario una puesta en cuestión radical. Los éxitos del “fordismo” han representado lo que puede hacerse como mejor en materia de capitalismo, pero, una vez cerrado el paréntesis, la incapacidad del sistema para perpetuarse de una forma que no sea una gigantesca regresión se hace aún más llamativa. Es el momento, como invita Mandel, de reapropiarse la crítica marxista más radical del capitalismo, y plantear en la práctica la cuestión de su superación.

(Aclaración: el libro tiene en francés el título de “Le troisieme age”, que literalmente se traduce por “La tercera edad”. En la editorial ERA apareció con el nombre “El capitalismo Tardío”.)

- 1/. Economista. Autor de Misère du capital. Une critique du neoliberalisme. Syros 1996.
- 2/. Ernest Mandel. Le troisième âge du capitalisme. Editions de la Passion. 1997. (La traducción española, El capitalismo tardío es de editorial ERA, México, 1979).
- 3/. Le troisième âge p. 447.
- 4/. E. Mandel. La crise, Flammarion, coll."Champs", 1985.
- 5/. E. Mandel. Traité d'économie marxiste. Ed. Christian Bourgois, 1986. La primera edición apareció en 1962 en las Ediciones Julliard. (Hay traducción en español, Tratado de Economía Marxista, Editorial ERA, México, 1979).
- 6/. E. Mandel. Initiation à la théorie économique marxiste, EDI, 1983.
- 7/. E. Mandel. "L'apogée du capitalisme et ses lendemains", Les Temps Modernes, n. 219-220 (agosto-septiembre 1964), reproducido como anexo de la reedición del Traité.
- 8/. Revista Quatrième Internationale, 27 ème année, n.37, mayo 1969.
- 9/. Pierre Villa, Un siècle de données macroéconomiques, INSEE Résultats n°.303-304, abril 1994.
- 10/. Citado según Roman Rosdolsky, La genèse du "Capital" chez Karl Marx, Maspero, 1976,p.371.
- 11/. en Eugène Varga, Essais sur l'économie politique du capitalisme, Ediciones Progreso, Moscú, 1967.
- 12/. Karl Marx, Le Capital, La Pléiade, Economie I, p.1111; Editions Sociales, tome 3, p.45.
- 13/. Karl Marx, Un chapitre inédit du Capital, Ed.10/18, 1971, p.108-109.
- 14/. Un chapitre inédit, p.110.
- 15/. Le troisième âge, p.122.
- 16/. Le troisième âge, p.28.
- 17/. Karl Marx, Le Capital, Editions sociales, tome 6, p.207.
- 18/. Karl Marx, Fondements de la critique de l'économie politique, Editions Anthropos, 1968, tome 1, p.21.
- 19/. "Variables partiellement indépendantes et logique interne dans l'analyse marxiste classique". Texto aparecido inicialmente en Ulf Himmelstrand, Interfaces in Economic & Social Analysis, Routledge, 1992.
- 20/. Si llamamos d la tasa de amortización fija y m la fracción acumulada del valor nuevo, entonces, la composición orgánica tiende hacia un límite finito m/d . Con una tasa de amortización del 10%, y una tasa de acumulación del 20% del valor producido, la composición orgánica tiende hacia 2.
- 21/. Para una representación reciente, ver Gérard Jorland, Les paradoxes du capital, Editions Odile Jacob, 1995, chap.8.
- 22/. Para evaluar el número de horas de trabajo cristalizadas en el capital fijo implicado, se divide el volumen de capital K por la productividad media del trabajo en la producción de los bienes de capitales. Como se trata de un ensamblamiento de bienes producidos en épocas diferentes, hay que aplicar, no la productividad corriente, sino la productividad media de esas diferentes generaciones. Si la duración de la vida del capital es de T años, su edad media es cerca de $T/2$, y se puede pues en una primera aproximación aplicarle la productividad (prod) de hace $T/2$ años. El valor del capital constante es pues $K/\text{prodt}-T/2$. El valor del capital variable es igual a wN/prodt donde w es el salario real, N los efectivos y prodt la productividad corriente. La composición orgánica (CO) se calcula finalmente según la fórmula $CO = (K/N) / \text{prodt}-T/2 / (w / \text{protd})$. Si la tasa de plusvalía (w/prodt) es constante entonces la composición orgánica (CO) no aumenta más que si la composición técnica (K/N) crece más rápidamente que la productividad media del trabajo en el período, es decir $\text{prodt}-T/2$.
- 23/. Joan Robinson, L'accumulation du capital, Dunod, 1972, p.90-91.
- 24/. Le troisième âge, p.455.
- 25/. Le troisième âge, p.423.
- 26/. Le troisième âge, p.85.

- 27/. Le troisième âge, p.86.
- 28/. Josef Steindl, *Maturity and Stagnation in American Capitalism*, 1952.
- 29/. Paul A. Baran et Paul M. Sweezy, *Le capitalisme monopoliste*, Maspero, 1968.
- 30/. Karl Marx, *Le Capital*, Editions Sociales, tome VI, p.271.
- 31/. Le troisième âge, p.33.
- 32/ idem, p.79.
- 33/. Robert Boyer, Alain Lipietz et alii, *Approches de l'inflation. L'exemple français*, Cepremap, 1977.
- 34/. *Le capitalisme monopoliste*, p.174.
- 35/. Le troisième âge, p.29.
- 36/. Daniel Bensaid, *La discordance des temps*, Editions de la Passion, 1995. Toda esta parte está muy influenciada por los trabajos de Francisco Louca, al que Mandel se refiere en la última edición de *Las Ondas Largas*. Además de su propia contribución a este libro, se remite a su obra magistral, *Turbulence in Economics*, Edward Elgar, 1997.
- 37/. Andrew Glyn and Bob Sutcliffe, *British Capitalism, Workers and the Profit Squeeze*, Penguin Books, 1972.
- 38/. Robert Boyer, "La crise actuelle : une mise en perspective historique", *Critiques de l'Economie Politique* n°7-8, 1979.
- 39/. Pierre Dockès et Bernard Rosier, *Rythmes économiques. Crises et changement social : une perspective historique*, La Découverte/Maspero, 1983, p.183.
- 40/. Ernest Mandel, *The long waves of capitalist development*, Verso, 1995. Una traducción francesa de esta nueva edición revisada está anunciada en las Editions Page Deux pour 1998.
- 41/. Jürgen Habermas, *La technique et la science comme "idéologie"*, Gallimard, coll. Tel, 1993, p.14.
- 42/. Le troisième âge, p.400.
- 43/. Ernest Mandel, "Marx, the present Crisis and the Future of Labour", *Socialist Register* 1985/86, The Merlin Press, p.449.
- 44/. Pierre Dockès et Bernard Rosier, op.cit., chapitre 4.
- 45/. Le troisième âge, p.373-374.
- 46/. Marx, the present Crisis and the Future of Labour, op.cit., p.441 et p.444.
- 47/. Ver en particular el libro de Ernest Mandel "La formación del pensamiento económico de Carlos Marx". Ed. Siglo XXI. Mexico.
- 48/. Le troisième âge, p.173.
- 49/. Le troisième âge, p.453.
- 50/. Michel Husson, *Misère du capital. Une critique du néolibéralisme*, Syros, 1996.
- 51/. Ver Michel Husson, "Du ralentissement de la productivité", *La Revue de l'Ires* n°22, automne 1996, así como *Les ajustements de l'emploi*, 1998 aux Editions Page Deux.
- 52/. Michel Husson, "Contre le fétichisme de la finance", *Critique communiste* n°149, 1997.
- 53/. Marx, the present Crisis and the Future of Labour, op.cit., p.447.
- 54/. Ernest Mandel, "La situación de los obreros dentro del neocapitalismo" in *Ensayos sobre el neocapitalismo*, Ed. Era, México, 1971. Texte original publié dans *International Socialist Review*, New York 1968, vol.29, n°6.